LA ESTRELLA

Mariano García Hernández

Capítulo 1

LA ESTRELLA

Yo la vi primero. Andrea la descubrió. No sabíamos cuanto tiempo llevaba allí. Esperándonos. Saludando para que la hiciéramos nuestra. Un día después de nuestra carrera, nos llamó.

Andrea observaba la estrella entre sus manos.

Yo miraba a Andrea.

La estrella nos contemplaba a los dos.

Cada tarde, sentados en el tercer escalón del porche de mi casa, porque Andrea no podía subir más, cuando el sol se dispone a irse a dormir por la línea que marca el final del día y sus tonos anaranjados se posaban sobre las piernas débiles de mi amiga, tocábamos nuestra estrella. Nuestra imaginación volaba. Calculábamos la distancia sideral que había recorrido para encontrarse con nosotros. Porque así había sido. Ella nos encontró por algo. No procedía del mar, si no de más allá de las galaxias.

Andrea con la estrella entre nosotros dos dijo:

—Vamos a pedir un deseo. Porque la estrella es luz, y la luz es mágica.

Escuché sus palabras cargadas de ilusión. Pensé mi deseo.

Quiero que Andrea se ponga buena. Solo yo me oí.

—Me parece estupendo—, dije— ¿Cuál es tu deseo Andrea?

—Quiero poder volar, que mis piernas maltrechas y mis brazos atrofiados se conviertan en alas—, susurró con los ojos vidriosos y la mirada perdida hacia la línea del horizonte.

Un silencio inusitado se apoderó de nosotros.

—Pues yo quiero que estemos los tres juntos siempre—, atronó mi voz intentando arrancar una sonrisa a mi amiga.

Andrea me miró y asintió con escaso entusiasmo. En sus ojos leí lo imposible de mi deseo.

El verano dejó paso al colegio. Nuestros encuentros se distanciaron.

Seguíamos pensando que nuestra estrella nos guiaba.

En las fiestas de Navidad, Andrea caminaba con una muleta.

Me enfadé con la estrella.

Por Semana Santa, Andrea se ayudaba de un andador.

Intenté olvidar la estrella.

El día que nos dieron las vacaciones de verano, mi amiga me dijo:

—He estado con unos médicos muy amables. Me han dicho que me van a ayudar. Cuando se despidieron, me dieron dos besos.

Volví a recordar el deseo que pedí a la estrella. Sabía que me oía, aunque estuviese en manos de Andrea.

Pasaron muchos días sin ella. Ya solo corría yo hacia la playa.

La tarde anterior de volver de nuevo a las clases. Andrea vino a mi casa. Su madre empujaba la silla de ruedas roja.

—Toma—Andrea extendió su brazo retorcido con dificultad, y me dio una caja de madera color caoba.

La abrí. Su interior estaba forrado de terciopelo azul. Nuestra estrella había perdido el brillo.

—Ahora es solo para ti. Ya no la necesito. —Con lágrimas en los ojos, hizo un gesto a su madre y ambas giraron. Se perdieron calle abajo.

Si Andrea no la quería, yo tampoco.

Mis zapatillas corrieron como nunca recordando el verano pasado. Dejaron que me perdiera por detrás de las dunas.

Cuando llegué al mar, abrí la caja. Cogí la estrella y la tiré con todas mis fuerzas.

— ¡Me has fallado!, ¡Solo has salido del mar! ¡Vete!

Mis saladas lágrimas se fundieron con las olas que rompían en mis pies.

MARIANO

7-11-17